

SUMARIO

Introducción, <i>Humberto Guerra</i>	9
Homos y dramas: La diversidad homoerótica, travesti y cuir en el teatro mexicano, <i>Hugo Salcedo Larios</i>	23
De jotos, machazos y comunes. Representaciones del hombre homosexual en la narrativa mexicana de los siglos XX y XXI, <i>Luis Martín Ulloa</i>	53
Cuatro novelas jotas mexicanas: lectura cuir de las masculinidades disidentes, <i>César Cañedo</i>	83
Del silencio al desinterés. La temática homoerótica en cuatro autobiógrafos mexicanos: Monsiváis, Novo, Blanco y Bravo Varela, <i>Humberto Guerra</i>	119
Mi novio tiene esposa y dos hijas, <i>Mauricio List Reyes</i>	155
Construyéndose contra y con la norma <i>Guillermo Manuel Corral Manzano</i>	181
La flor cautiva: la vivencia homosexual de la feminidad <i>Roberto Mendoza Benítez</i>	201
<i>Vida de Camaleón</i> : historias de jotos, amistad y sida en la Ciudad de México en los años noventa, <i>Raúl García Sánchez</i>	221
Masculinidades sexodiversas mexicanas: una bibliografía selecta de fuentes secundarias, <i>Juan Martínez Gil</i>	243
Los autores.....	253

INTRODUCCIÓN

Humberto Guerra

Los investigadores de las Ciencias Sociales y de las Humanidades, así como los creadores artísticos que colaboramos en este volumen, sostenemos que la figura del hombre sexodiverso mexicano no ha sido realmente invisibilizada. Por el contrario, sobre todo a partir de la Revolución de 1910, su posterior triunfo y la implementación de su programa político-social desde 1921, el joto, el puto, el maricón, el homosexual, el gay y ahora el flexible y el cuir han participado de manera fehaciente en la construcción del Estado nacional mexicano y de sus manifestaciones culturales y artísticas, al igual que de sus relaciones y vínculos sociales. En esta situación, entonces, lo que hay que sopesar es la calidad del espacio que se ha adjudicado a este tipo social, comunidad sexual y destino personal, el cual ha estado signado por una gran ambivalencia (como casi cualquier aspecto socio-cultural de importancia para la sociedad mexicana); por un lado, vilipendiado, degradado y humillado y, por otro, festejado y buscado para refrendar los privilegios de la heteronormatividad patriarcal. Es decir, la norma heterosexual y patriarcal tiene en las diversidades sexuales masculinas, principalmente, un factor indispensable para su implementación y sostenimiento. Es imperioso sobrepasar las apreciaciones e intuiciones comunes sobre dicha ambivalencia para efectuar un análisis detallado de este objeto de estudio.

Al momento de cerrar este volumen colectivo, la rica y compleja sociedad mexicana nos ha brindado uno de tantos hechos que re-

frendan lo recién afirmado y lo ejemplifican de manera puntual. Con el cambio de presidencia (diciembre de 2018) y de rumbo gubernamental no se han hecho esperar los movimientos de personal en todos los órdenes de gobierno. Particularmente uno resultó escandaloso por varias razones. Es prerrogativa del presidente designar a quien dirija el Fondo de Cultura Económica, editorial emblemática perteneciente al Estado. El elegido en esta ocasión fue el escritor y divulgador cultural Paco Ignacio Taibo II; sin embargo, se hizo del conocimiento público que el seleccionado había nacido en España y, por lo tanto, no podía ocupar el cargo máximo en dicha institución, de acuerdo con una ley promulgada en la década de los años sesenta que restringía el puesto solo a ciudadanos mexicanos por nacimiento. Después de unos días de alboroto se modificó la ley y el escritor mexicano por naturalización ha podido ocupar el cargo. En medio de esta lucha de poderes, de descalificaciones y de aclaraciones, Taibo II durante una presentación —en la Feria Internacional del Libro de Guadalajara— aludió a su «triumfo» señalando que «sea como sea, se las metimos doblada, camarada», dando a entender que se había impuesto.

Esta lamentable aseveración alzó revuelo mediático y le resultó un duro revés al gobierno entrante y al escritor y, sin embargo, no impidió que ocupara el cargo. ¿Qué papel juega este acontecimiento aquí? Creemos que mucho. La frase significa la penetración del otro; el penetrador se impone de manera irrecusable, sin importar el género del penetrado. Aunque, hay que aclarar, se utiliza mayoritariamente para la imposición —sexual y simbólica— de un hombre sobre otro, el cual es feminizado y, por lo tanto, se le rebaja y vence. El sometido deviene un puto, un mariconazo tremendo. Además, no se trata de una penetración cualquiera, es tal la glotonería sexual del receptor y el considerable volumen genital del penetrador que el pene se introduce de forma abultada. Algo así como que se le castiga («te duele, pero te gusta»), premia (al

darle «lo que te gusta») y evidencia («ya ves que sí te gusta») de manera simultánea.

No obstante, nadie parece reparar en la situación en que se ubica al penetrador. ¿No sería igualmente infamante por acceder a «carne de varón»? ¿No es igualmente reprobable por el «ejercicio homosexual»? Pues de manera sorprendente no es así, la ambigüedad es tal que solo el considerado «puto» es responsable, culpable, estigmatizado y, en cambio, el macho surge después de perpetrar esta violación con singular fuerza, arrojo y valentía. Así de ambigua es la conceptualización sexual en México y cada vez que alguna situación análoga se califica con este tipo de comentarios se refuerza esa cultura de preeminencia del macho, aunque necesariamente medie algún tipo de homoerotismo. Paco Ignacio Taibo II tuvo el destino de pronunciar esto en público y se le achaca su «misoginia», su «machismo», su «homofobia», su «incorrección política»; estas y otras cualidades se encierran en la brevedad contundente de la frase, pero es algo que está en la mente y en la acción de muchos mexicanos —y de muchas mexicanas también—.

Es así, entonces, como lo «joto» y lo «macho» exceden las barreras de la identidad y comportamientos caracterológicos y expanden su radio de acción e influencia a toda la sociedad y cultura mexicanas. Sirve tanto para calificar, denostar, acusar y señalar como para delimitar actitudes, contenidos, personas e intenciones que van desde lo más cotidiano (como puede ser una llamada al orden con sentencias del estilo «compórtate como machito», «qué niña», «actúa como hombre»), aunque en la misma medida lo «joto» y lo «macho» (y todos sus posibles matices) operan como valoradores de la experiencia personal o colectiva en fórmulas sintácticas como estas: «demasiado femenino para mí», «eso es de maricones», «afeminados absténganse», «hombre para hombre», «pareces joto», que, sin embargo coexisten con sentencias como «todo hoyo es trinchera», «hoyo aunque sea de pollo» o «agujero aunque sea de caballe-

ro», por mencionar solo tres de las posibles variaciones que permiten el ejercicio genital entre hombres, aunque no necesariamente consienten el involucramiento emocional... Así de ambiguo, contradictorio y permisible es el panorama del rango de opciones que se combinan de muy diversas maneras cuando se tratan las relaciones entre varones.

Todos estos casos están vinculados por un continuo social de comportamientos esperados y reprobables que, si bien está confeccionado para las conductas masculinas, no es ajeno a la caracterología femenina. El resultado es, de nueva cuenta, de una amplia complejidad y, sobre todo, ambigüedad, omnipresente en la sociedad mexicana. Apenas ahora comienzan a desaparecer del registro del habla mexicana frases y sentencias que gozaban de profundo arraigo y eficaz utilización como «bien bragada» o «con los pantalones bien puestos» o, peor aún, «con muchos huevos» para aludir a la mujer que estaba a la altura de ciertas circunstancias que precisaban arrojo, coraje, valentía..., pues la expresión aprueba el comportamiento desplegado que es casi «masculino», así se despoja a lo femenino de potencias propias y solo puede destacarse vicariamente al «amacharse». Estas ejemplificaciones —que la cotidianidad de la lengua nos proporciona— son en verdad valiosos recursos para medir la temperatura social de las relaciones genéricas, de la conceptualización adjudicada al ser hombre o mujer y de la naturaleza de los mecanismos de control, prestigio y exclusión por los que la sociedad mexicana se guía y ejecuta sus actos vitales.

Una ejemplificación más creemos que servirá para redondear nuestros argumentos al respecto. Cualquier mexicano/a recae de inmediato en la identidad del hablante de esta nación al notar que con prodigalidad usa los sustantivos «padre» y «madre» en una modalidad adjetival. Es decir, se usan para calificar antes que para denotar una función familiar específica. Así, «padre» como adjetivo sirve para designar de forma positiva a cualquier persona, experien-

cia o situación; se le considera un término «neutro» del habla y puede utilizarse bajo cualquier circunstancia, sin que su uso estigmatice al hablante. Hay personas padres, es decir, atractivas, admirables o encantadoras; una buena lectura o filme son padres y significa que ambas experiencias estéticas son, por lo menos, agradables, por ejemplo. En oposición, el uso adjetival de «madre» sirve para denotar apreciaciones extremas tanto negativas como positivas, pero su uso sin duda estigmatiza al hablante situándolo en la infracción lingüística al utilizar un término considerado «altisonante» y, por lo tanto, no tiene el paso franco de su contraparte, es decir, no se puede pronunciar en cualquier espacio o circunstancia, puesto que compromete al hablante.

Pero meditemos un poco en el uso adjetival de «madre»: como se ha notado, sirve para calificar tanto positiva como negativamente. En ambos casos el hablante se ubica en la incorrección lingüística, pero no hay adjetivación posible en el español de México que connote tal grado de involucramiento, compromiso y voluntad. Este uso para connotar posiciones extremas es ambivalente en grado superlativo, pues algo «con poca madre» se ubica un grado más allá de lo estupendo, admirable o encomiable. Por oposición, cuando algo es «una madre» se está calificando con sumo desprecio, desinterés o insignificancia infinita. Para el lector será fácil deducir de esta pequeña disquisición el hecho de que en la sociedad mexicana todo lo relacionado con lo masculino, con el padre simbólico y real, con lo macho-masculino resulta benéfico, atractivo, deseable. Mientras que, con su contrario, se experimenta una gran ambivalencia siempre hiperbólica; como si el aspecto «femenino» de la existencia mexicana solo se manifestara de forma extrema y en muchos casos negativamente. ¿Todo esto en qué contribuye a nuestros intereses?

Como habíamos señalado al inicio, la consideración del homoerotismo en cualquiera de sus manifestaciones está permeada por esta hipervaloración de lo masculino y la hiperbolización de lo

femenino, propias de la cultura mexicana. De ahí que en una especie de corrección política se llegue a afirmar que para ser sexodiverso se necesite ser «muy hombre», es decir, muy valiente, queriéndose así restituir la figura del «joto» al adjudicarle un valor de lo «macho». Al mismo tiempo, cuando este «maricón» virilizado se comporta de forma reprobable a los ojos de quien lo juzga, se le despoja de los beneficios de esta valoración y de forma instantánea se le feminiza y ya no es el «puto respetable», sino la molesta «jota esa». No es de extrañar que la cultura homoerótica mexicana sea sumamente machista, misógina, racista y clasista. Cuando se trata de grupos marginalizados, las asimetrías sociales se presentan de forma muy palpable y no en pocos casos se presentan de maneras muy elocuentes e incluso grotescas. Por eso, aquí nos interesa descifrar, enumerar, destacar esas asimetrías con las que la cultura homoerótica ha tenido que transigir y que han marcado los derroteros políticos de las comunidades, así como los devenires existenciales personales. Lo cual nos muestra una especie de continuo personal y social muy matizado, pues no es lo mismo comportarse como «maricón» (en una actuación social) que ser muy «puto» (por la variedad y número de parejas sexuales), que comportarse como «joto» (por la cualidad desplegada en el lenguaje corporal, gestual y verbal), entre otros. No existe, en realidad, un modelo del individuo sexodiverso; por el contrario, hay toda una escala valorativa que tiende a fragmentar la identidad homoerótica en gran cantidad de gestos, decisiones vitales y comportamientos sociales. Por ello, el panorama reviste una complejidad y una ambigüedad de muy amplio espectro que deseamos contribuir a esclarecer en la medida que lo permiten nuestros acercamientos disciplinares.

En vista de la situación recién descrita y el número e intereses de los artículos, el panorama dista de ser limitado, pues hay una gran riqueza textual, social, plástica, cultural sobre las masculinidades mexicanas diversas, las cuales también pueden llamarse homoero-

tismos o «jotismos». De lo «joto» a lo «macho» no es privativo ni permanente de un individuo, más bien los homoerotismos están sometidos a un escrutinio personal, público y comunal que clasifica por separado al individuo y este a su vez procura revestirse, en un grado importante de casos, de una especie de machismo o rasgos considerados masculinos que en realidad parecen evidenciar aquello que se quiere borrar en la personalidad (es decir, cualquier rasgo «femenino» o «feminizador») porque esto disminuye a la persona en una línea de pensamiento que más o menos se expresa así: se será muy «joto», pero también se es muy «macho». En este sentido, los homoerotismos se han despojado de su poder provocador y crítico y se han hecho grandes aliados de una cosmovisión patriarcal y machista.

Es recomendable tener en cuenta esta peculiar coyuntura al momento de leer nuestras aportaciones. En un primer tiempo, se abordan los géneros literarios más abarcadores: la dramaturgia, el cuento, la novela y la autobiografía. El campo es vasto y si bien es rastreable desde el siglo XIX (en el caso del teatro subsisten sainetes del siglo XVIII con personajes masculinos sexodiversos y referencias al ejercicio homosexual en las crónicas de Indias del siglo XVI), hay una explosiva recurrencia del tema sobre todo a partir de las décadas de 1920 y 1930 que permite apreciar tanto las continuidades como las rupturas sobre la apreciación de los personajes, personas, situaciones, anecdotizaciones y perspectivas sobre el fenómeno de los hombres que sostienen lazos afectivos y eróticos con otros hombres. El panorama es muy diverso, enriquecedor y revelador de una comunidad que, a pesar de los machismos, se expresa incluso junto a estos ejercicios represivos y representacionales o inclusive gracias a ellos.

Hugo Salcedo Larios ofrece un recorrido desde finales del siglo XVIII hasta la segunda década del siglo XXI. El proyecto parece ambicioso y lo es, ya que el autor ha incluido en su recuento tanto a

dramaturgos ubicados dentro del canon como otros que están en proceso de valoración. En el artículo se describen a autores señeros como Salvador Novo, Sergio Magaña o Hugo Argüelles; pero también rescata obras que por fortuna subsistieron pese las expurgaciones inquisitoriales o a la censura prejuiciosa. Salcedo parte de un señalamiento muy interesante, expresado por Julio Jiménez Rueda —fundamental historiador del teatro en México—, quien señala que el teatro popular tiene una presencia recurrente en este «tan repugnante tipo» joto, sin poder ver que dicha presencia constante se debía a la necesidad de refrendar la «normalidad» de la audiencia y servir de punto de entretenimiento y escarnio. Así, el drama mexicano sexodiverso presenta distintas estadias que quieren mostrar posibles facetas del personaje y la recuperación múltiple de los diferentes modos de ejercer esa heterodoxia sexual: el fatídico destino personal, el personaje cómico, el drama familiar, la resiliencia frente a la homofobia y el VIH/sida y la pertinencia de arreglos afectivos considerados políticamente incorrectos. Estas son temáticas que se dramatizan a través de los más variados registros como la pieza, el sainete o la performance, por ejemplo.

Por su parte, Luis Martín Ulloa se compromete con una encomienda igual de titánica al abordar la narrativa mexicana de temática homosexual en sus dos modalidades: cuento y novela. Pero para aquilatar los aportes y peculiaridades de la «invisibilidad» narrativa del personaje masculino sexodiverso, el crítico organiza el corpus en tres apartados: el del tormento y la culpa, el de la burla y el bufón y el de la reivindicación de lo «homo» como deseable y legítimo, donde la virilidad y la marginalidad caracterológicas son facetas de un mismo fenómeno y, por último, el actual, donde todo lo que parecía importante o tabú ahora se narra bajo parámetros más festivos, desproblematizados y relativizados. El recorrido, de proporciones muy amplias, comienza con la novelización del episodio porfirista de «Los 41» y el «Ánima de Sayula» hasta revisar la producción más

consistente de autores como Luis Zapata, José Rafael Calva, Joaquín Hurtado o Enrique Serna, por mencionar cuatro momentos paradigmáticos de diferentes generaciones.

La virtud de la visión panorámica anterior es del todo trastocada en una profundización focalizada, pues César Cañedo contrapone, como método analítico, la identidad globalizada gay (sostenida por su apego a los valores más burgueses: la fidelidad, el éxito económico o el clasismo, entre otros) a la identidad joto, que no está regida por esos parámetros. Por el contrario, el académico y poeta sostiene que para entender las masculinidades diversas mexicanas hay que asumir un aparato teórico «joto» que dé cuenta de todo tipo de expresión que sale de la «norma gay»; es decir, la imagen «saneada» y «neoliberal» se contrapone a lo joto, que puede expresarse como promiscuo, proclive al fracaso económico y sentimental, moreno, negro, culpígeno, anclado en el presente gozosa y permisivamente y sin agencia económica. A través del examen de *El diario de José Toledo*, *El vampiro de la colonia Roma*, *Las púberes canéforas* y *Fruta verde* se enuncia la legitimidad de modelos vivenciales, afectivos y sociales que contradicen la lógica del capital neoliberal, globalizado, blanco y demuestran así que «lo gay» se está estableciendo como modelo paradigmático y represor del principio de respeto por la diferencia al asumirse como censor y único.

Humberto Guerra explora cuatro momentos clave de la autobiografía mexicana de tema homosexual. Cada uno de los autores considerados representa, de acuerdo con el crítico, una peculiar manera de abordar el tema homoerótico en clave personal. Mientras que Carlos Monsiváis ejercita un elaborado discurso del silencio a través de torrentes de palabras, Salvador Novo concibe su autobiografía en las coordenadas narrativas totalmente opuestas, es decir, quiere exhibir toda su vida afectiva y sexual de manera preponderante y desea hacer una búsqueda etiológica de su preferencia sexual. Mientras que José Joaquín Blanco se concibe como miembro de una

comunidad política la cual tiene su sentido al ejercer una serie de derechos cuando ya se han reconocido o, de lo contrario, pugnar por ellos. Por último, Hernán Bravo Varela presenta una novedosa posición identitaria donde la diferencia sexual no se enuncia pero sí se experimenta de manera cotidiana echando mano de toda una serie de recursos vivenciales y retóricos. Por lo tanto, aquí se postula un corpus autobiográfico no pensado anteriormente de forma global y en el cual se presentan tantas rupturas como continuidades.

La meditación efectuada por las ciencias sociales sobre este fenómeno ayuda a dimensionar el significado de las homosexualidades en México, sus estrategias de expresión y de realización de vínculos vitales, es decir, su relación con el lado femenino del ser humano y la necesidad de guardar las formas sociales sin renunciar a sus vínculos homoeróticos. Estos temas se exploran en cinco de los artículos incluidos en el libro. Así como también se analizan los ajustes legales acerca de la posición que tiene el Estado frente a las minorías sexuales para cancelar un contexto que, si bien no exigía toda clase de atropellos en contra de estas poblaciones, sí los permitía. Por último, asistimos a un ejercicio de presencia y resistencia culturales, a través de una publicación periódica que vivió durante los años aciagos de la pandemia del VIH/sida, en un relato autobiográfico que quiere rendir homenaje a quienes conformaron el proyecto editorial e, igualmente, quiere entender en términos más objetivos el periodo en que transcurrió la revista *Vida de Camaleón*.

En este sentido, Mauricio List Reyes comparte una etnografía sobre una relación emocional entre dos hombres en la ciudad de Puebla. Su peculiaridad radica en que uno de ellos no tiene trazo alguno de identificarse en ninguna categoría de sexodiversidad: es más, tiene esposa e hijas, mientras que su contraparte goza y sufre con los altibajos que le depara la condición de su «pareja». Los hallazgos del antropólogo resultan sorprendentes y ratifican la vigencia de lazos emocionales que no se avienen a las características del mo-

delo gay. Asimismo, toda la dinámica relacional desplegada sirve al investigador para ver la persistencia de los beneficios de la heterosexualidad social y el atractivo que la misma puede significar para algunas personas que deciden relacionarse con estos hombres con prácticas «homo» y que rechazan cualquier modalidad de identidad homoerótica. Por ello, el artículo demuestra que en la cotidianidad la identidad social no está necesariamente determinada por las prácticas sexuales y cierto «clóset estratégico» puede reportar numerosos beneficios a quien lo elige.

Guillermo Manuel Corral Manzano ofrece un recuento de las modificaciones legales que resguardan la certeza jurídica de las poblaciones sexodiversas, aunque el abogado pronuncia un serio señalamiento que indica la pertinencia de las normas en contraposición a la imposición de la fuerza de la costumbre y los usos sociales, de tal manera que parece que se hablara de dos realidades desconectadas. A su vez, la investigación de Roberto Mendoza Benítez resulta paradigmática y poco estudiada por sí misma: la cultura mexicana refrenda (a veces con todas las evidencias en contra) la «naturaleza» femenina del hombre homoerótico mexicano y esta «cualidad» resulta sobradamente conflictiva para los mismos hombres que mantienen relaciones afectivas y/o sexuales con otros hombres. Este artículo parece complementar los hallazgos anteriores, puesto que si en el trabajo de List la masculinidad y virilidad reportan ventajas sustanciales, en este el ejercicio de la feminidad en hombres homosexuales parece estar muy cuestionada. El autor apunta que el estereotipo más prejuicioso y arraigado es aquel que señala que los hombres sexodiversos en realidad son una especie degradada de ser femenino o, de plano, quieren ser mujeres. Lo cual produce un conflicto muy profundo en los hombres que tienen la predilección por relaciones sexoafectivas con otros hombres, pues ellos mismos se minimizan y minimizan a otros señalando características femeninas en su comportamiento. El filósofo aplicó un cuestionario para ave-

riguar el estado de la cuestión entre hombres homosexuales de la Ciudad de México con alto grado de escolaridad y que habían buscado opciones para educarse sobre cuestiones genéricas y sexológicas. El resultado es pasmosamente conflictivo, aun en este grupo que se considera de vanguardia.

Por último, de mano de Raúl García Sánchez (Raúl Sangrador) accedemos a un episodio reciente de resiliencia homo en clave autobiográfica. El pintor y académico formó parte medular de un proyecto editorial en medio de los años álgidos de la epidemia de VIH/sida; por lo tanto, en sus páginas relata las implicaciones personales que significó levantar una revista para un lector sexodiverso, sus aciertos y desaciertos al mismo tiempo que el grupo creativo se enfrentaba a nuevas condiciones existenciales, amistosas, amorosas y sanitarias debidas a la inesperada intrusión de la enfermedad no solo en el organismo, sino en el centro de las relaciones sociales y afectivas volitivamente establecidas. Estamos, en este caso, frente a una pequeña muestra de una historia oral de las homosexualidades en México que hay que aplaudir y fomentar. Cierra nuestra propuesta una oportuna contribución de Juan Martínez Gil, uno de nuestros queridos colegas españoles, pues ofrece una bibliografía pormenorizada de las cuestiones sexodiversas masculinas mexicanas que, sin duda alguna, es de gran ayuda a la hora de iniciar o profundizar en los temas que hemos abordado en este libro.

Como se puede apreciar, el volumen quiere contribuir al estudio del polimorfismo de los lazos afectivos y sexuales entre hombres en México. Ante la avasallante presencia y presión del modelo anglosajón, que se aboca a un ejercicio «homo» blanqueado, clasemediero (con estándares propios de sociedades centrales, inaccesibles para la mayoría fuera de esa órbita económica), pretendidamente monógamo y santificado por el Estado, notamos una variedad de arreglos sexuales, sociales, económicos y emocionales que se resisten a ser «normalizados» y que tienen tanto derecho a existir como el modelo

Introducción

predominantemente difundido y apoyado. Esperamos, pues, contribuir a un debate que continúa abierto y a darle al tema la dimensión que históricamente se le ha escamoteado o condicionado.¹

Por último, esta introducción tiene que hacer justicia a nuestra tradición jota, marica, mexicana, y por ello debemos terminar con esta «invocación»: Queremas invitar a todas las perras (en potencia, en vigencia o en retirada «voluntaria») a leer con gran entusiasmo, harta concentrancia y mayora espírita joteril estas reflexiones para que no sea su genitalia la única parte de todas ustedas que haya flexionado y re-flexionado en esta valle de lágrimas, así que a espabilarse, shiquillas, ¡y leer con fruición joterla!

CDMX, marzo de 2019

¹ La compilación de estudios y la edición se deben tanto a Humberto Guerra como a Rafael M. Mérida Jiménez. Forman parte del proyecto «Diversidad de género, masculinidad y cultura en España, Argentina y México» (FEM2015-69863-P MINECO-FEDER) del Ministerio de Economía y Competitividad de España.